

ALFAGUARA



Julio Llamazares

Tanta pasión para nada



Íbamos los dos andando, el hombre tirando de la caballería y yo a su lado, en silencio, embebido en la contemplación de las montañas que durante los últimos nueve meses habían sido el decorado de mi vida y el escenario de mis tribulaciones. Un escenario maravilloso, pero que me llenaba de melancolía y temor.

La sierra de Gistredo, donde se esconde Primout, el lugar en el que durante nueve meses había ejercido como maestro en sustitución de su titular, que había enfermado de tuberculosis, un mal muy común entonces, es un espectacular cordal que se extiende de este a oeste entre los altos valles de Omaña y de Villablino y el desfiladero angosto por el que el río Sil se desliza desde su nacimiento cerca de Asturias hacia la fértil hoya del Bierzo dejando en su camino un reguero de minas y escombreras y de populosas villas crecidas en torno a la minería y, como el propio río, teñidas por el carbón. En el inaccesible refugio de Primout, como en los que todavía cobijan pequeños pueblos y aldeas, la mayoría de ellos semiabandonados, en los repliegues imponentes de la sierra de Gistredo, la naturaleza, en cambio, seguía siendo purísima, tanto que en sus viejos bosques cantaba todavía el urogallo y comía frutos silvestres el legendario oso pardo, tan venerado por los lugareños. Ni a uno ni a otro tuve la suerte de verlos nunca, pero sabía que estaban allí, observándome desde las cumbres en las que vivían desde el comienzo del mundo, cuando todavía el hombre no había llegado hasta ese lugar.

Mi acompañante, que lo había sido también en aquellos meses, pues en su casa me había alojado al igual

que todos los maestros (era la mejor del pueblo), era un hombre pequeño y silencioso, curtido, como todos los vecinos de Primout, en la dura existencia en aquellos montes. Tendría cuarenta años, pero aparentaba más. Sus hijos, que iban conmigo a la escuela, le ayudaban en las labores del campo, especialmente con el ganado, cuando salían de aquélla, pero, aun así, se pasaba el día trabajando, pese a lo cual vivían muy pobremente. La tierra era muy difícil y el clima tampoco contribuía a hacerla más productiva. En invierno, la nieve sepultaba los sembrados días y días y el verano era tan breve que apenas si daba tiempo a recoger las cosechas y a arar la tierra de nuevo.

En el pueblo no había luz, ni agua corriente, y las viviendas apenas habían cambiado durante siglos. Muchas seguían teniendo el techo de paja o de escobas que los hombres iban a buscar al monte y en bastantes todavía los animales y las personas compartían la misma habitación, apenas separados sólo por un tabique. La subsistencia se hacía tan difícil que la pobreza era general y la endogamia, que era obligada, dada la incomunicación del pueblo, había dejado su huella en muchos de los vecinos. Había tontos, sordomudos, débiles de todo tipo y hasta una enana, que ahora recuerde. Lo cual, unido a la poca higiene y a la alimentación, que era muy monótona: carne y legumbres casi exclusivamente, lo que hacía que muchas personas padecieran de bocio por la carencia de yodo, convertía el pueblo en una especie de lazareto, si bien que puesto en un sitio espléndido.

Mi acompañante, que ahora miraba el paisaje aprovechando que la caballería se había parado a coger resuello (aunque descendía hacia el valle, el camino trepaba de cuando en cuando por la ladera sorteando algún escollo o la fragosidad del río), era posiblemente el más despierto del pueblo, pese a que ello no le sirviera para vivir mejor que el resto de los vecinos. Aunque, como la mayoría de éstos, nunca había salido de Primout, salvo para cumplir

con el servicio militar, que había realizado en África (época de la que conservaba, aparte del recuerdo de El Aaiún, donde sirvió a la patria durante veinticuatro meses, un tatuaje sobre un brazo que le daba cierto aspecto aventurero), tenía una inteligencia natural que le hacía destacar entre sus vecinos, por lo que seguramente le habían nombrado su presidente. Un cargo, de todos modos, que en aquella aldea remota tan sólo comportaba servidumbres, tales como la de proveer de leña a la gente que por su situación no podía hacerlo ella misma o, como ahora hacía conmigo, bajar hasta Páramo del Sil a buscar o a despedir a los maestros que habían sido destinados a la escuela de Primout y que cada año cambiaban, dados la situación y el atraso en los que se encontraba el pueblo.

Durante todos aquellos meses, que, mientras se sucedían, se me hacían infinitos y tristísimos, pero que, ahora que habían llegado a su fin, me parecía que habían pasado muy rápido, Roque y yo habíamos hablado mucho (en mi caso mucho más que con cualquier otro vecino), pese a que era un hombre bastante hermético. Sobre todo por las noches, cuando sus hijos se iban a dormir y su mujer y los padres de ésta, que también vivían con ellos, atendían a las últimas faenas de la casa, Roque y yo conversábamos un rato mientras fumábamos junto a la lumbre. De ese modo fui enterándome de las pequeñas historias de aquella aldea, que eran las mismas de todas las de alrededor, y las de algunos de los maestros que me habían antecedido en el puesto: la mayoría de ellos llegados desde muy lejos y de los que nunca habían vuelto a tener noticias. Se ve que la experiencia les había hecho aborrecer Primout.

Ahora era yo el que me iba, pero no sentía ningún aborrecimiento. Al contrario, a medida que me alejaba de aquella remota aldea que durante nueve meses había sido todo mi mundo, comenzaba a sentir una melancolía creciente, un sentimiento de desarraigo, como si me separara de unas personas cuya importancia empezaba a descubrir

ahora. En cierto modo era así, sobre todo si me refería a los niños, aquellos niños desamparados a los que cada mañana llevaba a lavarse al río antes de dar comienzo a las clases, tan sucios llegaban todos, y de los que me acababa de despedir el día anterior antes de cerrar la escuela. ¿Quién sería, cómo sería el siguiente maestro que les correspondería en suerte? ¿Les tomaría el mismo cariño que yo les había cogido o pasaría por Primout, como tantos otros, olvidando sus nombres en cuanto se alejara?

Yo los olvidé también, pero no sus rostros y su apariencia física. Durante bastantes años, me volvían cada poco a la memoria cuando, en Madrid, trabajaba ya como funcionario en el Ministerio o, en Albuquerque, en América, mientras impartía clases en la universidad a alumnos mucho mayores y con más suerte que ellos, que sin duda habrían dejado la escuela apenas llegados a la adolescencia para seguir los mismos pasos de sus padres; esto es, para consumir sus vidas trabajando de sol a sol en aquella aldea que yo imaginaba inmóvil, como si todo el tiempo que había pasado por mí no lo hubiese hecho también por ella. Un error que advertiría cincuenta años después de aquella mañana en la que en unión de Roque descendía hacia Páramo del Sil, cuyos tejados se adivinaban ya al final del camino que unía a Primout con la civilización.

Cincuenta años después, yo había vuelto a aquel lugar acompañando a un equipo de la televisión que rodaba un programa sobre mi vida. A lo largo de todo ese tiempo, gracias a la poesía, me había hecho famoso y la televisión me estaba llevando por los varios escenarios en los que había transcurrido aquélla: Oviedo, donde nací y donde pasé mi infancia en unas circunstancias muy difíciles por culpa de la guerra y de las consecuencias que provocó; Madrid, la ciudad en la que empecé a escribir y la que considero verdaderamente mía, pues es en la que he vivido más tiempo, y Albuquerque, en Nuevo México, a cuya universidad llegué huyendo de la grisura y la tris-

teza de la posguerra española y donde he pasado los últimos treinta años. Aunque en Primout había vivido muy pocos meses y aunque nunca había vuelto a visitarlo desde entonces, yo quise que apareciera también en aquel programa, algo que me sorprendió a mí mismo, pues creía que lo había borrado de mi memoria.

La vuelta me impresionó más de lo que habría pensado. Cuando lo vi aparecer al fondo del valle después de recorrer en un Land Rover la nueva pista que sustituía al camino (aquel camino de caballerías que serpenteaba por las laderas de las montañas y que aquel día en el que me iba hacía en compañía de Roque), sentí una emoción inmensa, un impacto semejante al de quien ve de nuevo a alguien que ya está muerto. La vegetación del río, entre la que las construcciones, invadidas por ella tras tantos años de abandono, parecían arborescencias en vez de casas, y la ruina en la que se encontraban muchas me sobrecogieron como pocas cosas lo han hecho a lo largo de mi existencia. Y eso que mis acompañantes, que me urgían a actuar para la cámara como venía haciendo desde que empezó el rodaje, lo mismo en Albuquerque que en Madrid, rompían la magia de aquel momento con sus voces y su falta de respeto, pues a ellos aquella aldea les parecía una más de las que habíamos visto.

Me adentré entre las casas seguido por la cámara impresionado por su deterioro y por el abandono en el que se encontraban todas. Semicaiídas y llenas de vigas rotas, me costaba reconocerlas pese a que en mi memoria habían seguido intactas, al igual que sus habitantes, ninguno de los cuales vivía ya en aquel lugar. Por lo que me habían contado al llegar a Páramo (y por lo que yo sabía desde hacía tiempo merced a alguna noticia que alguien me había enviado), Primout llevaba abandonado veinte años, si bien algunos después un grupo de jóvenes alternativos que buscaban una nueva vida en el contacto con la naturaleza se habían instalado en él protagonizando diversos

incidentes con los propietarios y contribuyendo, más que a recuperar el pueblo, a deteriorarlo todavía más. Aún se veían las huellas de su presencia, tales como bidones de gasolina, vehículos abandonados y ya oxidados y plásticos de todo tipo. Todo lo cual contribuía a darle a la aldea, desprovista por la presencia de estos modernos objetos de la belleza de las ruinas que se mantienen sin profanar, el aspecto de un lugar avasallado, mitad campamento hippie, mitad escenario bélico.

Esa impresión, que, sin llegar a verbalizarla así (el respeto y la emoción me lo impedían), me asaltó en cuanto avisté Primout, me acompañó durante las cuatro horas que permanecimos rodando en él sin más guión que el de mi deambular errático y, contra lo que era habitual en él, sin apenas sugerencias por parte del realizador. Arrimado a la cámara que me seguía, a veces desde muy cerca y otras desde la distancia, permanecía en silencio como todos los demás, sobrecogido seguramente por la visión de aquellas ruinas que más parecían un cementerio que el esqueleto de una antigua aldea. Yo, por mi parte, vagando de un lado a otro, debía de parecer un fantasma o, como me diría alguien más tarde, un general derrotado que regresaba al campo de la batalla en la que sus ejércitos habían perdido la guerra.

Entré en la iglesia, ahora un establo de vacas, en la escuela en la que trabajé ocho meses (la construcción mejor conservada a pesar de no tener ya cristales), en las casas que permanecían en pie. Pocas, puesto que la mayoría habían sucumbido al abandono y a la erosión del viento y de la humedad o a la necesidad de leña para la lumbre de los okupas que llegaron luego. En muchos casos, era difícil adivinar ya sus antiguas formas, tanto era el deterioro que habían sufrido durante años. Como era difícil ya determinar cuál era cada una de ellas y —para mí— recordar a sus antiguos dueños. Incluso me costó reconocer la que fue la mía el tiempo que viví en Primout. A pe-

sar de seguir en pie, estaba tan invadida por la vegetación del cercano río que parecía un arbusto más entre la de éste.

Fue ante ella, antes de irme, mientras la cámara me filmaba como había hecho durante horas, cuando recordé aquel día en el que, en unión de Roque, recorrí los doce kilómetros que separaban Primout de Páramo del Sil, él llevando en su caballería la maleta con mis pertenencias y yo embebido en la contemplación de las montañas que durante nueve meses habían sido mi mundo, y nuestra despedida en la carretera en la que me recogería el autobús que me llevaría a mi casa. Roque se despidió después de darme la maleta y yo le correspondí, intentando que no se me trasluciera la pena que me embargaba y prometiéndole que volvería algún día.

—No, don Ángel, usted no va a volver —me respondió él, parado en la carretera. Y, luego, tirando de la caballería para iniciar el regreso al pueblo, añadió—: A Primout no vuelve nadie.